

ALFAGUARA



Daniel Glattauer

Siempre tuyo

Traducción de Macarena González

Fase uno

1.

Cuando él entró en su vida, Judith sintió un dolor agudo que se pasó enseguida.

Él: —Perdón.

Ella: —No ha sido nada.

Él: —Con este gentío...

Ella: —Ya.

Judith le echó un vistazo a su cara como si fueran los titulares deportivos de cada día. Sólo quería hacerse una idea del aspecto que tiene alguien que le cercena a uno el talón un Jueves Santo, en la atestada sección de quesos. No se sorprendió mucho, era un hombre normal. Uno más, como todos los que estaban allí, ni mejor, ni peor, ni más original. ¿Por qué toda la ciudad tenía que comprar queso para Semana Santa? ¿Y por qué en el mismo supermercado y a la misma hora?

En la caja, él —otra vez él— estaba a su lado, depositando la compra sobre la cinta. Ella lo percibió gracias a la manga de una chaqueta de nobuk marrón rojizo, con su olor correspondiente. De su rostro se había olvidado hacía rato. No, ni siquiera lo había retenido, pero le gustaron los movimientos hábiles, precisos y a la vez ágiles de sus manos. En el siglo XXI aún sigue siendo un milagro que un hombre de cuarenta y tantos llene el carrito del súper, lo vacíe y embolse la compra como si ya lo hubiese hecho antes alguna vez.

En la salida ya casi no fue casualidad que él volviera a estar ahí, para sujetarle la puerta y brillar por su memoria fisonómica a largo plazo.

—Disculpas de nuevo por el pisotón.

—¡Ah!, ya lo había olvidado.

—No, no..., si yo sé que esas cosas pueden hacer un daño tremendo.

—No ha sido para tanto.

—Bueno, bueno.

—Ya.

—Pues entonces nada.

—Ya.

—Felices Pascuas.

—Igualmente.

A ella le encantaba aquella clase de conversaciones en el supermercado, pero con aquélla ya sería suficiente para siempre.

De momento, sus últimos pensamientos sobre él giraron en torno a aquel gigantesco racimo amarillo de entre cinco y ocho plátanos, que lo había visto guardar en una bolsa. Alguien que compra entre cinco y ocho plátanos seguro que tiene en casa dos, tres o cuatro niños hambrientos. Debajo de la chaqueta de cuero debía de llevar un chaleco, con grandes rombos de todos los colores. Era un auténtico padre de familia, pensó ella, uno de esos que lava la ropa de cuatro, cinco o seis personas, y la ponen a secar, probablemente todos los calcetines en hilera, ordenados por pares, y cuidadito con que alguien desordene la colada tendida.

Cuando llegó a casa, Judith se puso una tirita gruesa en el talón enrojecido. Por suerte no se había roto el tendón de Aquiles. De todos modos, se sentía invulnerable.

2.

La Semana Santa fue como siempre. Sábado por la mañana: visita a mamá.

Mamá: —¿Cómo está tu padre?

Judith: —No lo sé, voy a verlo esta tarde.

Sábado por la tarde: visita al padre.

Padre: —¿Cómo está mamá?

Judith: —Bien, he ido a verla esta mañana.

Domingo por la mañana: visita a su hermano, Ali, que vivía en el campo.

Ali: —¿Cómo están mamá y papá?

Judith: —Bien, fui a verlos ayer.

Ali: —¿Están juntos de nuevo?

El lunes de Pascua, Judith invitó a unos amigos a su casa. En realidad vinieron a cenar, pero ella había estado preparándolo todo desde que se levantó. Eran seis: dos parejas y dos solteros (uno eterno, el otro... ella misma). Entre plato y plato hubo charlas de alto nivel, principalmente sobre métodos de cocción sin pérdida de vitaminas y sobre los últimos avances en la lucha contra la precipitación del tártaro en los vinos. El grupo era homogéneo, a ratos incluso confabulado (contra la guerra, la pobreza y el foie-gras de oca). La araña modernista recién colgada proporcionaba una luz cálida y rostros afables. The Divine Comedy había puesto a la venta su nuevo disco justo a tiempo para la ocasión.

Ilse hasta le sonrió una vez a Roland, él le frotó el hombro derecho durante dos segundos (y eso después de trece años de casados y dos hijos en el carcaj del que cada día se disparaban flechas contra la pasión). La otra pare-

ja, más joven, Lara y Valentin, aún se hallaba en el periodo de hacer manitas. De vez en cuando ella le estrechaba los dedos con las dos manos, quizás para retenerlo con más fuerza de lo que conseguiría a la larga. Como es natural, Gerd fue de nuevo el más divertido, toda una fiera social, que se superaba en la labor de animar a las personas reservadas a expresarse con soltura. Por desgracia no era gay, de lo contrario a Judith le habría gustado encontrarse a menudo con él a solas, para confiarle cosas más personales de lo que era posible en un grupo con parejitas.

Al término de estas veladas, una vez que los invitados ya se habían marchado y tan sólo quedaban vahos de ellos, Judith siempre examinaba cómo se sentía, en la intimidad consigo misma y con montañas de platos sucios. ¡Ah...!, aquello sí que era una calidad de vida claramente superior: cumplir un turno de una hora de faena en la cocina, abrir las ventanas de par en par y dejar entrar aire fresco en el salón, respirar hondo, tragar deprisa una pastilla preventiva contra el dolor de cabeza y luego, por fin, abrazar su adorada almohada y no soltarla hasta las ocho de la mañana. Aquello era claramente mejor que tener que penetrar en la psique de un «compañero» quizás (también) borracho —que padece mutismo crónico, no ha nacido para las horas de cierre privadas y es reacio a participar en las tareas de orden y limpieza— para sondear si él abriga esperanzas o temores de que todavía pueda surgir sexo. Judith se evitaba ese estrés. Sólo a veces, por la mañana temprano, faltaba a su lado aquel hombre bajo la manta. Pero no debía ser cualquier hombre, ni siquiera cierta clase de hombre, sólo uno concreto. Y por eso, lamentablemente, no podía ser ninguno de los que conocía.

3.

A Judith le gustaba ir a trabajar. Y cuando no, como casi siempre le ocurría después de los días de fiesta, hacía todo lo posible por convencerse. Al fin y al cabo era su propia jefa, aunque varias veces al día deseara tener otra, una más negligente, como su aprendiz Bianca, por ejemplo, que no necesitaba más que un espejo para trabajar a tiempo completo. Judith dirigía una pequeña empresa en la Goldschlagstraße, en el distrito quince de Viena. Eso sonaba más empresarial de lo que era, pero ella adoraba su tienda de lámparas, no la cambiaba por ninguna otra. Desde niña le parecían los sitios más bonitos del mundo, llenos de estrellas titilantes y esferas resplandecientes, siempre muy iluminados, permanentemente de fiesta. En el refulgente museo de luces de su abuelo se podía celebrar la Navidad cada día.

A los quince, Judith se sentía como en una jaula dorada, vigilada por lámparas de pie mientras hacía los deberes, alumbrada por apliques y arañas hasta en sus ensueños más íntimos. Para su hermano Ali, aquel ambiente era demasiado luminoso, él rechazaba la luz y se retiraba al cuarto oscuro. Mamá luchaba encarnizadamente contra la quiebra y su abrumadora apatía emprendedora. Papá ya prefería los locales menos iluminados. Ambos se habían separado en buenos términos. «Buenos términos» era la expresión más cruel que conocía Judith. Significaba dejar que las lágrimas se secaran y petrificaran en la comisura de los labios, forzados en una sonrisa. Llegaba un día en que las comisuras de la boca resultaban tan pesadas que se hundían y quedaban hacia abajo para siempre, como le había sucedido a mamá.

A los treinta y tres, Judith se hizo cargo de la arruinada tienda de lámparas. En los últimos tres años el negocio había empezado a brillar de nuevo, si bien no con el esplendor de la época del abuelo, pero la venta y la reparación marchaban lo bastante bien para pagarle a mamá por quedarse en casa. Aquéllos eran, sin duda, los mejores términos en que Judith se había separado de alguien hasta el momento.

Dada la excepcional calma de los negocios, pasó la mayor parte del martes después de Pascua en la trastienda, bajo la tenue luz de la lámpara de oficina, limitándose a cumplir con los deberes que le imponía la contabilidad. De Bianca no se supo nada entre las ocho de la mañana y las cuatro de la tarde, probablemente habría estado «maquillándose un momento». Para demostrar que de todos modos aquel día había estado presente, poco antes de la hora de cerrar exclamó de pronto:

—¡Jefaaaa!

Judith: —¡Por favor, no grite así! Venga aquí si quiere decirme algo.

Bianca (ya a su lado): —Allí hay un hombre para usted.

Judith: —¿Para mí? ¿Qué quiere?

Bianca: —Decirle buenas tardes.

Judith: —¡Ah...!

Era el hombre de los plátanos. Judith no lo habría reconocido de no ser por el contenido de sus palabras.

Él: —Sólo quería darle los buenos días. Soy el que le pisó el talón antes de Pascua en el Merkur. La he visto entrar aquí esta mañana.

Judith: —¿Y ha estado esperando usted hasta ahora a que yo vuelva a salir?

Sin querer, Judith rio por lo bajo. Tenía la sensación de haber estado bastante graciosa. El hombre de los plátanos también rio, es más, lo hizo de un modo muy bonito, con dos ojos radiantes, rodeados de cientos de

arruguillas, y alrededor de sesenta dientes de un blanco resplandeciente.

Él: —Tengo mi despacho a dos calles de aquí. Por eso he pensado...

Ella: —Decirme buenas tardes. Muy amable. Me sorprende que me haya reconocido.

Lo dijo muy en serio, no por coquetería.

Él: —La verdad es que a usted no debería sorprenderle.

Entonces él la miró de manera extraña, extrañamente radiante para un padre de familia con ocho plátanos. No, no eran ésos los momentos en que Judith sabía qué hacer. Sintió calor en las mejillas. Al mirar las agujas de su reloj, advirtió que aún le faltaba hacer una llamada urgente.

Él: —Pues nada.

Ella: —Ya.

Él: —Ha sido un placer.

Ella: —Ya.

Él: —Quizás nos volvamos a ver.

Ella: —Si alguna vez necesita usted una lámpara.

Ella rio para encubrir lo trágico de su comentario. Entonces llegó Bianca, esta vez en el momento más oportuno.

—¿Me permite, jefa?

Quería decir que era hora de irse a casa. También fue la señal de partida para el hombre de los plátanos. En la puerta se volvió una vez más y saludó con la mano como si estuviera en una estación, pero no como diciendo adiós, sino como quien ha ido a recoger a alguien.

4.

Por la noche, Judith pensó fugazmente en él un par de veces. No, fugazmente no, pero pensó en él. ¿Cómo era que había dicho? «A usted no debería sorprenderle.» ¿O incluso había dicho: «La verdad es que a usted no debería sorprenderle»? ¿Y no había subrayado el «usted»? Sí que lo había subrayado. Había dicho: «La verdad es que a USTED no debería sorprenderle». USTED, en el sentido de «a una mujer como usted». No deja de ser bonito, pensó Judith. Es más, tal vez había querido decir: «La verdad es que a USTED, a una mujer como usted, una mujer tan guapa, interesante», había querido decir «a una mujer tan hermosa, tan imponente, a una mujer que parece tan inteligente, tan lista, tan estupenda, pues a una mujer como USTED», había querido decir «a una mujer así no debería sorprenderle» que la haya reconocido. No deja de ser muy bonito, pensó Judith.

«Una mujer como usted» era lo que había querido decir, «a una mujer así, la ves una vez», por ejemplo, cuando acabas de destrozarle el talón en la sección de los quesos, «la ves una vez y ya no se te quita de la cabeza, y mucho menos del cuerpo», había querido decir. Pues no deja de ser bonito, muy bonito, pensó Judith.

Quería dejar ya de pensar en eso, porque no tenía veinte años, porque conocía a los hombres y ya no estaba dispuesta a dejar de pluralizar con tanta facilidad, y porque, ¡por Dios!, tenía cosas más importantes que hacer, ahora mismo iba a descalcificar la cafetera eléctrica. Pero antes pensó —sólo un momento— en cómo él había subrayado el «usted», el «usted» de «La verdad es que

a USTED no debería sorprenderle». ¿Era el «usted» de «una mujer como usted»? ¿O había sonado más específico y deliberado, como «usted» en el sentido de: «USTED. USTED. ¡SÍ, USTED! Únicamente USTED»? En ese caso era probable que hubiese querido decir: «A todas las mujeres del mundo debería sorprenderles, a todas menos a USTED, pues USTED, usted no sólo no es una mujer como las otras, no, usted es una mujer como ninguna otra. Y a USTED, a USTED, ¡SÍ, a USTED! Únicamente a USTED», había querido decir «la verdad es que no debería sorprenderle» que la haya reconocido. Pues no deja de ser bonito, muy, pero que muy bonito, pensó Judith. Aunque, por desgracia, no había vuelta que darle: sí que le había sorprendido que la reconociera. Y de eso se trataba. Y por eso se puso a descalcificar la cafetera.

Al día siguiente, tan sólo se acordó de él en una ocasión, a la fuerza. De improviso, Bianca dijo:

—He notado una cosa, jefa.

Judith: —¿No me diga? Estoy intrigada.

Bianca: —Usted a ese hombre le mola.

Judith, y eso fue alto teatro: —¿A qué hombre?

Bianca: —Ya sabe, el alto, el que tiene el despacho aquí cerca, el que vino a darle los buenos días, jo, no vea cómo se la comía con los ojos.

Bianca balanceó la cabeza e hizo girar un par de veces sus hermosas pupilas oscuras.

Judith: —Qué va..., tonterías, son imaginaciones tuyas.

Bianca: —¡Qué van a ser imaginaciones mías! ¡Le digo que está superenamorado de usted, jefa! ¿Es que no se entera?

Su tono fue fuerte e impertinente, pero Bianca podía permitirse hablarle así, precisamente porque no tenía idea de que podía permitírselo, lo hacía sin más. Judith apreciaba su sinceridad irreverente e impulsiva. Pero, desde luego, esta vez la chica se equivocaba por

completo. ¡Qué le iba a molar ella a ese hombre! Vaya tontería... fantasías de aprendiz. Él no la conocía lo más mínimo, salvo el talón no sabía nada de ella, nada en absoluto.

5.

El domingo celebraron el cuarenta cumpleaños cuarenta de Gerd en el Iris, un bar poco iluminado, capaz de hacerlo parecer diez años más joven. Gerd era popular. De los cincuenta invitados vinieron ochenta. Veinte de ellos no querían prescindir del oxígeno y, por ese motivo, pese a su aprecio por Gerd, se trasladaron al Phoenix, el bar de al lado, que estaba casi vacío gracias al pianista que tocaba en vivo. Judith fue una de ellos.

Se mostró sumamente cariñoso un hombre del pasado, afortunadamente lejano, que se había vuelto insignificante. Se llamaba Jakob, lástima que ese bonito nombre quedara unido para siempre a su cara. En realidad, hacía mucho que con él estaba todo dicho (o callado). Al cabo de tres años de una relación interpersonal —en la que Judith nunca había pasado de estar interpuesta—, ella se había visto obligada a terminar. La razón: Jakob tenía una crisis persistente..., una crisis llamada Stefanie, con la que poco después se casó.

Pero de eso hacía ya seis años, por eso aquella noche de sábado, en el Phoenix, Jakob volvió a ser lo bastante objetivo para notar que no había labios más bonitos que los de Judith. Los mismos labios que enseguida preguntaron:

—¿Y qué tal está Stefanie?

Jakob: —¿Stefanie?

A él aquel nombre le pareció muy traído por los pelos en ese contexto.

Judith: —¿Por qué no está aquí?

Jakob: —Se ha quedado en casa, no le van mucho estas fiestas.

Por lo menos en casa no estaba sola, seguro que Felix (4) y Natascha (2) se encargaban de entretenerla. Judith insistió en ver fotos de los niños, las que todo papá más o menos declarado lleva en la cartera. Jakob se resistió un poco, pero finalmente le enseñó las fotos. Después se sintió lo bastante relajado para volver a casa.

Judith se disponía a sumarse a un grupo de intervención en crisis, fundado en el bar, para luchar contra el calentamiento global, cuando alguien le tocó el hombro por detrás, con un desagradable golpecito corto y preciso. Ella se dio la vuelta y se asustó. Era una cara que no encajaba en aquel sitio.

—Qué sorpresa —dijo el hombre de los plátanos.

Judith: —Ya.

Él: —Me he dicho: ¿será ella o no?

Judith: —Ya.

Eso quería decir que era ella. Y por eso se sintió pillada, con angustia e intensas palpitaciones. Ahora no había más remedio, tenía que hablar.

—¿Qué hace USTED aquí? Quiero decir, ¿qué lo trae por aquí? ¿Conoce a Gerd? ¿También está en la fiesta de cumpleaños? ¿Viene a menudo por aquí? ¿Es cliente habitual? ¿Toca el piano? ¿Es el nuevo pianista?

Algunas de estas preguntas las formuló, otras sólo las pensó. Por ejemplo: ¿Me ha visto entrar aquí? Y: ¿Sólo quería decirme buenas tardes?

No, él había venido con dos compañeras de trabajo, explicó. Estaban sentadas a unos metros, en una mesa redonda, iluminada por la luz amarilla de una enorme pantalla de los ochenta, demasiado baja. Él las señaló, ellas les hicieron señas con la mano, Judith las saludó con la cabeza. Ambas tenían el inconfundible aspecto de las compañeras de trabajo, imposible tener más aspecto de compañeras de trabajo que ellas. Probablemente fuera la reunión mensual de un despacho de asesoría fiscal, amenizada por la música ligera de un piano-bar.

El hombre de los plátanos se llamaba Hannes Berghofer, o Burghofer, o Burgtaler, o Bergmeier. Tenía la palma de la mano derecha grande y caliente, y una mirada tan penetrante que hasta los riñones de Judith la percibieron. Ella volvió a experimentar en las mejillas un calor que venía de dentro hacia fuera. Luego él dijo:

—Me alegro de verla tan a menudo. Parece como si de momento viviéramos al mismo ritmo —y luego preguntó—: ¿Quiere sentarse un rato con nosotros?

Judith lo sentía pero pasaba. Es que ahora mismo estaba a punto de cambiar de bar, porque al lado, en el Iris, estaba celebrándose la verdadera fiesta de cumpleaños de su amigo, bueno, de un conocido suyo, Gerd.

—Pero en otra ocasión, con mucho gusto —dijo ella, sea lo que fuese que tuviera en mente.

Hacía mucho tiempo que no era tan agresiva.

—Pues algún día podría invitarla a tomar un café —dijo entonces Berghofer, o Burghofer, o Burgtaler, o Bergmeier.

—Sí, por qué no —contestó Judith, pues ya no le importaba.

El calor había alcanzado la capa más superficial de sus mejillas. Ahora sí que debía marcharse.

Él: —Bueno, bueno.

Ella: —Ya.

Él: —Pues nada.

Ella: —Ya.

Él: —Y por lo que respecta al café, me paso en cualquier momento por su tienda, si le parece bien.

Ella: —Sí, hágalo.

Él: —Será un placer.

Ella: —Ya.

6.

«En cualquier momento» fue a la mañana siguiente.
Bianca gritó:

—¡Jefaaa, tiene visita!

Judith supo en el acto lo que eso significaba. Hannes de apellido con «Berg» o «Burg» se encontraba debajo de una de sus piezas más valiosas, la monstruosa araña ovalada de Barcelona, la que desde hacía quince años todos admiraban y nadie compraba.

—Espero no molestarla —dijo él.

Llevaba una chaqueta azul de punto, con botones marrones, y tenía el aspecto de alguien que cada noche se sienta frente a la chimenea, bebe té Earl Grey y con los dedos de los pies masajea el denso pelaje de un San Bernardo macho con exceso de peso, mientras los niños corretean a su alrededor y se limpian los dedos sucios de plátano en el sofá.

Judith: —No, usted no molesta.

Le disgustaba estar tan nerviosa, no había ningún motivo lógico para ello, de verdad que no. Aquel hombre le resultaba simpático, pero en apariencia nada interesante, y ella no solía pensar en lo que estaba en el fondo cuando de hombres se trataba. No era en absoluto su tipo, aunque debía admitir que de todos modos ya no necesitaba conocer hombres de ningún tipo, pues si conoces uno, los conoces todos.

No sabía exactamente en qué residía el atractivo del señor Hannes de apellido con «Berg» o «Burg», tal vez fuera sólo la dinámica con que sabía orientar el azar hacia ella, la manera inesperada en que aparecía, siempre mucho

antes de lo que cabía esperar, y la perseverancia con que se acercaba a ella, como si para él no hubiese nada ni nadie más en el mundo, sólo ella.

Pero, por favor, que no le viniera ahora con lo de ir a tomar un café, de verdad que sería demasiado pronto, ella pensaría que era un pesado y tendría que rechazarlo de inmediato, con toda claridad. No le apetecía ser el primer refugio para un padre de familia tal vez un poco necesitado sexualmente, cuya mujer entretanto está en casa haciendo chalecos azules de punto y cosiéndoles botones marrones.

Él: —No quiero ser pesado, de verdad.

Ella: —Pero no, si no lo es.

Él: —Es que desde anoche no se me quita de la cabeza.

Ella: —¿Qué cosa?

Él: —Usted, para ser sincero.

Por lo menos es sincero, pensó ella.

Él: —Me gustaría muchísimo invitarla a tomar un café y charlar un poco con usted, nada más. ¿Tiene algún plan para hoy después de cerrar la tienda?

—¿Después de cerrar la tienda? —preguntó Judith, como si se tratara del momento más absurdo que hubiera oído en su vida.

Ella: —Sí, lo siento, ya tengo planes.

Pero él la miró tan triste, dejó caer los hombros tan abatido, suspiró tan hondo, parecía tan dolido... como un niño pequeño al que le han quitado la pelota.

Ella: —Aunque quizás podría dejarlo para un poco más tarde. Un café rápido, después de cerrar... de alguna manera me haré tiempo —para mayor seguridad volvió a mirar el reloj—. Pues sí, yo creo que se podrá arreglar.

—Qué bien, qué bien —replicó él.

Sí, había que admitir que era un placer verlo desplegar aquella sonrisa, es más, ser la productora de todas

esas arrugillas que, reflejadas por la luz de su araña predilecta de Cataluña, se posaron alrededor de sus ojos como rayos de sol.

Se encontraron en el Rainer, el café donde almorzaba Judith, en la Märzstraße. Ella se presentó diez minutos antes de la hora acordada. Quería llegar primero sin falta, para escoger una mesa donde sentarse en sillas frente a frente y no tener que apretujarse en un rincón. Pero él ya estaba allí, en una silla incómoda, frente a un invitador banco rinconero, que de manera sutil le estaba destinado sólo a ella.

Estaba previsto que la cita durara una hora, tiempo que resultó demasiado escaso. Después se pasó a la prórroga, a la que siguieron unos minutos adicionales. Luego, Judith puso un fin táctico al encuentro. Su comentario final fue:

—Ha sido un auténtico placer charlar contigo, Hannes. Me gustaría que repitiéramos.

Quería grabarse el modo en que él la había mirado entonces, para poder evocarle la próxima vez que no se gustara demasiado a sí misma. Y necesitaría tiempo para asimilar lo que él le había dicho en aquellos noventa minutos, en especial, lo que había dicho sobre ella. En todo caso esperaba con impaciencia el después, cuando estuviera sola en casa, sin que nadie la estorbara, consigo misma y con sus ideas acerca de un agradable redescubrimiento, un hombre que la había puesto en un pedestal ricamente decorado, visto con los mejores ojos. Hacía mucho que no estaba tan alto. Quería quedarse al menos unas horas en aquel sitio, hasta que la vida cotidiana la hiciera bajar a la realidad.

En la bañera, recapituló: él reformaba farmacias y, cuando no era posible reformarlas, las reconstruía, por lo menos hacía los planos. Era arquitecto. Tenía cuarenta y dos años. Nunca había ido al dentista, la dentadura perfecta le venía de su abuela, bueno, la dentadura no, la predisposición para ella.

Como queda dicho, tenía cuarenta y dos años, y estaba soltero, no de nuevo, sino todavía, esto es: nunca se había casado y por eso tampoco se había separado. No estaba obligado a mantener a nadie, lo cual quería decir que no tenía hijos, ni niños pequeños ni bebés, de ningún matrimonio anterior. «Y entonces ¿para quién era ese montón de plátanos? ¿Te los comes todos tú?», le había preguntado ella. Él se había estremecido por un instante. (¿Lo habría ofendido, habría sido demasiado indiscreta, tendría una manía por los plátanos?) Pero luego había hecho centellear la dentadura de la abuela y había dejado las cosas claras: los plátanos eran para su vecina inválida, viuda con tres hijos. Él le hacía la compra una vez a la semana. Había dicho que lo hacía gratis, sin obtener nada a cambio, sin más, porque a él también le gustaba tener vecinos que lo ayudaran cuando se encontraba mal.

Como queda dicho, tenía cuarenta y dos años, y definitivamente se llamaba Hannes Bergtaler.

—Bergtaler —dijo Judith, soplando en la espuma de baño.

¿Qué pensar de un reformador de farmacias soltero, en la tercera mejor edad, que lleva sus altibajos ya en

el nombre? ¿No era en realidad indicio de una personalidad equilibrada? ¿Sería por eso que a primera vista parecía un poco aburrido? ¿Era aburrido, pues? ¿Se había aburrido con él? Ni un instante, pensó. Lo cual hablaba bien de la calidad de los instantes que acababa de pasar con él, y, sin ninguna duda, también de él, de Hannes Bergtaler, el reformador de farmacias soltero que llevaba en la boca la magnífica dentadura de su abuela.

Bueno, y ahora por orden: cuando él le pisó el talón y vio su cara, por lo visto hubo dos punzadas, una la sintió ella en el talón, la otra parece ser que le llegó a él hasta la médula. «Te vi, Judith, y me quedé de piedra», había dicho. Es verdad que «de piedra» no era precisamente la metáfora favorita de Judith, pues las piedras siempre tienen algo de frío y antierótico, pero tal como él lo había dicho mientras la miraba pestañeando, con todas esas arruguillas que parecían rayos de sol, bajo una bombilla opaca de sesenta vatios, en el café Rainer, no dejaba de ser bonito, sí, muy bonito.

«Y luego, simplemente, ya no he podido olvidarte», recordó que había dicho. «Simplemente, ya no he podido olvidarte» era... pues claro, un cumplido, un agradable cumplido. Judith echó un poco más de agua caliente en la bañera, porque el cumplido era francamente agradable.

¿Y qué era lo que de pronto la había hecho tan inolvidable para él? «Esa imagen, cuando te volviste hacia mí, esa película de tres segundos, el movimiento de los hombros, tus cejas levantadas, toda la expresión de tu cara», había dicho, «perdona que use una palabra tan banal, pero me pareciste sencillamente despampanante». Desde luego que era una palabra manida, pero había oído descripciones bastante peores que «despampanante» de sí

* El apellido Bergtaler está compuesto por las palabras *Berg* («montaña») y *Tal* («valle»). (*N. de la T.*)

misma, pensó Judith. Tal vez debería dejarse pisar el talón más a menudo.

Y después él había vivido con ella una película tras otra. Director: el puro azar. Productor: un destino superior. Ella, la mujer en la que él no había dejado de pensar ni un instante, de pronto estaba delante de sus ojos abriendo la tienda de lámparas cercana, frente a cuyo escaparate él tantas veces se había detenido. Ella, la mujer a la que acababa de elogiar ante sus compañeras de trabajo, de repente estaba en la barra del mismo bar, librándose de uno de sus admiradores, sin duda numerosos. Él no podía dejar pasar la oportunidad de acercarse y trabar conversación. (Sí, ella lo comprendía.) Por otra parte, tenía mucho miedo de parecer pesado. (Pues hacía bien en tenerlo.) Aunque no tenía la sensación de que ella lo hubiera rechazado de plano. (De plano no, en eso tenía razón.)

Judith salió de la bañera. El acaloramiento se le había quitado. Ya podía volver a pensar más en frío. Ese Hannes Bergtaler estaba locamente enamorado de ella. Son cosas que pasan. Y que pueden pasarse pronto. Llegado el caso, podrían volver a quedar en el café. Él le caía bien. Le gustaba la punta de su nariz. Parecía sincero, asombrosamente sincero. Decía cosas de lo más agradables. Expresaba sin vueltas lo que sentía. Eso la hacía sentir bien, pues sí, bastante bien.

Y cuando se volvió hacia el espejo imaginando que alguien acababa de pisarle el talón, Judith le lanzó una mirada fulminante como si el espejo fuera el culpable y de golpe vio, en efecto, aun con el pelo mojado y una capa de crema de tres centímetros en la cara, a una mujer despampanante. Y el mérito era de Hannes.

Fase dos

1.

Por primera vez en tres años, en la pequeña azotea de Judith el arbolito de hibisco volvió a llenarse de flores de un rojo intenso. Fueron buenas semanas. Algo estaba naciendo. Nacía de nuevo cada día y arrastraba consigo todo lo que acababa de nacer. Judith intentaba limitar lo más posible el número de encuentros con Hannes, es decir, no cinco veces al día como él habría querido, sino sólo una o dos. Tenía miedo de que para él se perdiera el encanto, de que pronto se hartara de verla, de ver sus giros y las expresiones de su cara, tenía miedo de que él ya no supiera qué flores regalarle, qué mensajes enviarle en forma de misivas o correos electrónicos, qué piropos decirle y con qué palabras desearle «buenos días» o «buenas noches» por SMS.

Judith se hallaba en una situación nueva. Esta vez no era ella la que esperaba de un hombre más de lo que en un principio él parecía dispuesto a darle o capaz de darle. No, esta vez había un hombre que por lo visto estaba impaciente por colmar sus expectativas. Esta vez ella reducía lo más posible sus expectativas para que durara mucho la capacidad que él tenía de colmarlas. Con un poco de suerte, podría pasar el verano así colmada. Colmada de Hannes Bergtaler: un metro noventa, ochenta y cinco kilos, fornido, torpe, cuarenta y dos años, soltero, con ojos llenos de plieguecillos solares, dotado de la magnífica dentadura de su abuela.

Muchas cosas le llamaban la atención de él, ninguna le molestaba. Ni sus chistes, que solían empezar por el final y seguir con el resto. Ni su concepto de la moda de

primavera, al que llevaba cierto tiempo habituarse. Ni sus camisetas lavadas hasta la saciedad, que no podían considerarse prendas de calle por mucho empeño que se pusiera. Ni siquiera su expresión favorita, la que repetía a cada rato: «de piedra». Hasta el momento, Judith había evitado preguntarle si por casualidad no seguía viviendo (como un convidado de piedra) con su madre.

Era un tipo distinto a todos los anteriores, no era su tipo, ni el de ninguna de las mujeres que ella conocía. Era tímido y atrevido a la vez, vergonzoso y desvergonzado, se controlaba y se dejaba llevar, era dueño de una torpe determinación. Y sabía lo que quería: quería estar cerca de ella. Es un anhelo más que encomiable, pensó Judith. Se propuso andarse con cuidado y no precipitarse. No quería darle falsas esperanzas. Darle esperanzas sí, pero no falsas. A su debido tiempo, el futuro le sugeriría al presente cuáles eran las legítimas.

De momento, las noches y los fines de semana aún transcurrían sin él, al menos desde el punto de vista físico. Por paradójico que parezca, Judith consideraba los momentos sin él como los momentos más bonitos e intensos con él. Fuera cual fuese la actividad habitual que realizaba, todo pasaba a un segundo plano, todo ocurría como si estuviera bajo los efectos de drogas de la felicidad. Sí, por primera vez, aunque probablemente sólo por poco tiempo, era una mujer soltera sin preocupaciones, completamente feliz. Podía hacer lo que le apetecía: pensar en Hannes Bergtaler. Era maravilloso ver crecer su nostalgia de él. Es posible que tan sólo creciera su nostalgia de la nostalgia que él sentía de ella, pero no dejaba de ser nostalgia, y por fin Judith volvía a sentirla.

2.

El segundo sábado de mayo, Ilse y Roland la invitaron a cenar para devolverle la invitación de Semana Santa. De nuevo estaban Gerd y la pareja que perseveraba en hacer manitas, Lara y Valentin. Hacía bastante calor para sentarse en la terraza. Los baratos y poco originales faroles de jardín no molestaban, cuatro velas gruesas alrededor de la mesa conferían calidez y color a la luz eléctrica.

Sobre las ocho, cuando Roland trajo un aperitivo cubierto de gambas, relleno con aguacate y decorado con cilantro, Mimi (4) y Billi (3), tras haber acaparado y alterado uno por uno a todos los invitados, ya estaban cansados y refunfuñones. A las diez, cuando para terminar Ilse sirvió una «tarta de queso facilísima», receta de Jamie Oliver, los niños por fin se habían quedado dormidos lloriqueando y pudo entablarse algo similar a una conversación de adultos.

—Hay novedades —dijo Judith recurriendo a su tercera copa de Cabernet Sauvignon.

—¿Cómo se llama? —preguntó Gerd, que había estado observándola.

Ella no había ocultado que ocultaba un bonito secreto.

—Se llama Hannes y os gustará —respondió Judith, por desgracia con excesivo énfasis, cosa que habría de pagar de inmediato.

—¿Por qué no está aquí? —preguntó Ilse, casi perpleja.

Roland también parecía molesto. De repente se fue generando un ambiente cargado de fingida indigna-

ción, que dio lugar a una absurda idea de Gerd: que Judith enmendara su error y llamase a ese tal Hannes, que les gustaría a todos, para hacerle una invitación espontánea. Tenían mucha curiosidad por conocerlo.

Judith se opuso con todas sus fuerzas. Quería disfrutar un poco más de él a voluntad, con libre disposición en su imaginación, y no tenerlo sentado a su lado, ya inmovible. Además, era casi impensable que un sábado por la noche él estuviera dispuesto a dejarse atraer a la periferia oeste de Viena por anfitriones desconocidos.

Pero finalmente cedió a la presión de sus amigos y, a modo de gesto más que de invitación, le envió a Hannes un SMS, diciendo que se uniera al grupo, que lo estaban pasando muy bien, que lo invitaban de todo corazón, que la dirección era tal y cual. Lo hizo en la certeza de que él no le contestaría, que estaría yendo a alguna parte u ocupado, que probablemente ni siquiera vería el mensaje, al menos no a tiempo para venir, aun cuando no tuviera nada mejor que hacer, cosa que ella daba por descartada. En menos de un minuto llegó al móvil de Judith el siguiente mensaje: «¡¡¡Muchas gracias por la invitación!!! ¡Estoy en veinte minutos! Hannes».